



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 358

15 de abril de 2013

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

TERESA M^a MAYOR FERRÁNDIZ

La reina Gorgo de Esparta. Apuntes para una biografía

RESUMEN

La mayoría de los libros y manuales de Historia Antigua ignoran o no hablan de la reina Gorgo de Esparta. La reina Gorgo fue, primero, esposa y, después, viuda del rey Leónidas, el héroe de las Termópilas (480 a. C.), que, además, era su tío carnal porque en las dos dinastías espartanas reinantes (Agíadas y Europóntidas) la endogamia era algo habitual y muy frecuente. Sin embargo la Reina Gorgo es citada, con verdadera admiración, por autores griegos tan distintos como Heródoto de Halicarnaso y Plutarco.

PALABRAS CLAVE

Cleómenes, Eforado, Aristágoras de Mileto, Epikleros, Patroûchos, Poeta Simónides, Tirteo, Diarquía, Oráculo de Delfos.

Teresa M^a Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Historia en el IES Joseph Iborra de Benissa

teresa.mayor@gmail.com

[Claseshistoria.com](#)

15/04/2013

El coraje es para vivir la libertad.

Una mano sola no aplaude.

No puedes evitar la muerte, pero puedes evitar el deshonor.

Si el león es fuerte también lo es la leona.

(Antiguos proverbios saharauis).

Si pasamos de la hermosa ficción literaria de los poemas de Alcmán a la realidad histórica, podemos citar aquí a algunas mujeres espartanas que destacaron por su propia personalidad, y de las que los historiadores, y cronistas varios, de la época clásica, y posteriores, no sólo se limitaron a darnos su nombre, sino que, también, nos contaron elocuentes anécdotas de su *biografía*, incompleta y atractiva al mismo tiempo.

En un lugar muy destacado tenemos a la reina Gorgo de Esparta. Gorgo fue hija del rey Cleómenes y esposa de Leónidas I, el famoso héroe de las Termópilas. Su nombre propio tiene un significado *apotropaico*, protector de la mala suerte (palabra que procede del griego *apotros*, cortar; o sea, cortar la mala suerte, proteger del mal de ojo, de los encantamientos...)

Desde muy niña vivió en un ambiente de oscuras intrigas que protagonizó su propio padre. Extrañas maquinaciones y turbias intervenciones que iban desde manipular el sentido de los oráculos del templo del dios Apolo en Delfos (símbolo del panhelenismo), a intervenir en la orientación política de la ciudad-estado de Atenas, hasta llegar a acusar al otro rey de la *diarquía* espartana, Demarato, de la familia de los Euripóntidas, y lograr su destitución por el *eforado*. Demarato buscó ayuda y protección en Persia (1) y tuvo un destacado papel en las Guerras Médicas, al lado del monarca persa, Jerjes.

Gorgo también vivió las intrigas protagonizadas por otros miembros de su propia familia, los Agíadas. Según nos cuenta Heródoto, su padre, Cleómenes, era hijo del rey Anaxándridas y de una segunda esposa que había tomado, obligado por los

éforos, ante la sospecha, luego ampliamente desmentida, de que su primera mujer fuera estéril. Pero, al poco tiempo del nacimiento de Cleómenes, esta primera esposa tuvo, sucesivamente, tres hijos varones: Dorieo, Leónidas y Cleómbroto. Esta es la narración de Heródoto:

Resulta que Anaxándridas se había casado con una hija de su hermana y la amaba apasionadamente, a pesar de que no le daba hijos (2).

Viendo los éforos lo que a uno de sus dos reyes le acontecía, le impulsaron a tomar otra esposa:

“Puesto que tu actual esposa no te da descendencia, repúdiala y cástate con otra; que, si lo haces, darás satisfacción a los espartiatas”. Sin embargo Anaxándridas respondió diciendo que no iba a hacer ni una cosa ni la otra, y que ellos no le brindaban un atinado consejo al incitarlo a repudiar a la esposa que tenía – una mujer que, en su opinión, era intachable – para que pudiera contraer matrimonio con otra; de manera que no pensaba obedecerlos (3).

Sin embargo los éforos estuvieron estudiando detenidamente su caso y le propusieron:

No te pedimos que repudies a tu actual esposa; al contrario, sigue dispensándole las atenciones que en la actualidad le dispensas, pero sin abandonarla a ella, cástate con otra mujer que pueda darte hijos.

El rey Anaxándridas se vio, pues, obligado por los éforos a tomar una segunda mujer y:

A partir de entonces, contó con dos esposas y residió en dos hogares, una situación totalmente insólita en Esparta (4).

Al poco tiempo la segunda mujer de Anaxándridas dio a luz a Cleómenes, a quien legaría la corona. Sin embargo, poco después, la primera esposa, su sobrina carnal, tan amada por el sentimental rey Agiada, según el relato de Heródoto que

Hasta ese momento había sido estéril, se quedó embarazada poco más o menos por aquel entonces.

Mientras tanto los parientes de la otra esposa:

Al enterarse de su embarazo, empezaron a meterse con ella, asegurando que fingía al alardear de su estado ya que su propósito era

simular el parto. Ante la indignación de aquella gente, en el último momento, los éforos, debido a la incredulidad reinante, montaron guardia alrededor de la mujer y asistieron al parto (5).

En efecto parió primero a Dorieo y

Tuvo seguidamente a Leónidas, e inmediatamente a Cleómbroto, con todo, también hay quienes aseguran que Cleómbroto y Leónidas eran mellizos (6).

Heródoto describe a Cleómenes, el futuro heredero, como un personaje “*un poco loco*” que

No se encontraba en su sano juicio, estaba, más bien, ligeramente desequilibrado.

Mientras que, por el contrario, el príncipe Dorieo

Descollaba a la cabeza de todos los jóvenes de su edad, por lo que se hallaba plenamente convencido de que, en razón de su valía personal, sería él quien obtendría el trono (7).

Sin embargo ocurrió todo lo contrario:

A la muerte de Anaxándridas, los lacedemonios, con arreglo a su ley, nombraron rey a Cleómenes.

Y el joven príncipe Dorieo, profundamente afectado por este hecho:

Se molestó muchísimo y, como consideraba una afrenta ser súbdito de Cleómenes, solicitó a los espartiatas un grupo de personas y se las llevó a fundar una colonia (8).

Y, después de algunas aventuras, desafortunadas, se dirigió a tierras italianas, a la isla de Sicilia, para fundar la colonia de Heraclea, pero murió allí, después de enfrentarse con los habitantes de Síbaris y con los fenicios en una oscura refriega:

Así fue, en suma, como murió Dorieo, cuando, si se hubiera resignado a ser súbdito de Cleómenes y hubiese permanecido en Esparta, habría llegado a ser rey de Lacedemonia, pues Cleómenes no estuvo en el poder durante mucho tiempo y, además, murió sin descendencia masculina; tan sólo dejó una hija, cuyo nombre era Gorgo (9).

Desde muy niña la princesa Gorgo influía en su padre Cleómenes, que, a veces, se dejaba guiar por sus acertadas intuiciones, gran inteligencia, prudencia y sentido común. A los ocho o nueve años de edad, la pequeña Gorgo, logró que Esparta no se aliara con el depuesto tirano de Mileto, Aristágoras, y que rechazara una intervención militar en Asia Menor contra Persia. Sorprende la precocidad de la niña y su oportuna y sabia intervención. El tirano Aristágoras intentó sobornar al rey espartano, ofreciéndole hasta cincuenta talentos y la posibilidad de obtener un riquísimo botín. Cleómenes, por su parte, pudo ver lo arriesgado de la empresa en las costas de Asia y a “tres meses de camino” de tierra lacedemonias. Heródoto cuenta así la intervención de la pequeña Gorgo, una criatura bastante *listilla* y un tanto impertinente:

(Aristágoras) una vez que, en calidad de suplicante, hubo entrado dentro, pidió a

Cleómenes que hiciera salir a la criatura y que le prestase atención (pues resulta que junto a Cleómenes, se encontraba su hija, cuyo nombre era Gorgo; precisamente era el único vástago que tenía y, a la sazón, contaba ocho o nueve años de edad). Pero Cleómenes le invitó a decir lo que quisiera, sin verse coartado por la presencia de la niña. En esa tesitura, Aristágoras, sin más preámbulos, empezó a prometerle de entada diez talentos si accedía a sus demandas. Y, en vista de que Cleómenes rehusaba, Aristágoras fue aumentando progresivamente la cifra, hasta que llegó a prometer cincuenta talentos, momento en el que la niña exclamó:

- Padre, si no le alejas de aquí, el extranjero podrá sobornarte.

Entonces Cleómenes, a quien, como es natural, le había hecho gracia la sugerencia de la niña, se retiró a otra habitación, por lo que Aristágoras abandonó definitivamente Esparta (V, 51, 1-2).

Heródoto nos hace ver que la única persona que tenía una gran influencia sobre el rey Cleómenes I era su propia hija Gorgo, una niña de unos ocho o nueve años que, algunos años después se casaría con Leónidas, hermanastro de su propio padre (10). Plutarco recoge otra anécdota protagonizada por la pequeña princesa relacionada, también, con el mismo aristócrata milesio:

(Gorgo) cuando vio que a Aristágoras lo calzaba uno de sus servidores, exclamó: “Padre, el extranjero no tiene manos” (11).

Esta divertida ocurrencia la menciona, también, Diógenes Laercio, lo que demuestra la gran popularidad de esta ingeniosa mujer laconia.

Años más tarde la princesa Gorgo de Esparta se casó con su (medio) tío Leónidas, hermano, de parte de padre, de su propio progenitor, pues ambos eran hijos del ya citado rey *bígamo* Anaxándridas. Leónidas actúa de manera bastante similar a como lo había hecho su propio padre, pues los dos monarcas Agíadas se casaron con sus respectivas sobrinas carnales. Es impresionante la cerrada endogamia de la realeza *espartíata*.

Normalmente cuando nos encontramos con la hija de un noble, o simplemente un ciudadano rico, nos hallamos ante una "*epikleros*" (o "*epicleros*", según otras transcripciones más castellanizadas). La palabra proviene de la voz "*kleros*", lote de tierra. Define la situación de las doncellas huérfanas y sin hermanos, que no podían ser propietarias directas de los bienes de sus padres, por su condición femenina, pero podían transmitirlos a sus hijos. De ahí la enorme importancia de la elección del marido, que había de pertenecer a la familia paterna, para que estos mismos bienes (los que fueran) no saliesen del propio núcleo familiar. En Esparta esta muchacha recibía el nombre de "*patroûchos*" (12). Entonces el padre (en este caso concreto, el rey lacedemonio Cleómenes I) la casaba con un pariente muy próximo, soltero o viudo, generalmente un tío de la muchacha (su medio hermano Leónidas), para que el patrimonio familiar, o el título de rey ("*Basileus*"), no se disgregase y permaneciera, así, indisoluble... En estos casos lo familiar prevalecía sobre lo individual. Según Heródoto, el rey Leónidas accedió al trono por ser hermano de Cleómenes y por haberse casado con su hija Gorgo, por lo tanto, podemos pensar que en Esparta la mujer podía transmitir la realeza a su marido (13).

La muerte del rey Cleómenes es un misterio no aclarado. Heródoto habla de *suicidio*, porque, dice el historiador heleno que

Ya con anterioridad estaba bastante desequilibrado, sufrió un ataque de locura (14).

Y porque, además, recibió el justo castigo de los propios dioses (Heródoto tiene una concepción teológica de la Historia) a causa del soborno de la Pitia de Delfos a quien había inducido a

Aquella respuesta en el asunto de Demarato (VI, 71, 3).

Algunos *espartiatas*, en cambio, pensaron que *la locura* del rey Cleómenes era debido a que como

Consecuencia del trato que mantuvo con unos escitas, se aficionó a beber vino puro y de ahí que se volviera loco (15).

La afición de Cleómenes a la bebida debía de ser muy conocida por todo el mundo en Esparta. Gorgo, muy sutilmente, ya había indicado a su padre las negativas consecuencias que el beber mucho vino, sin medida y sin mezclar con agua, ocasionan a los seres humanos:

En una ocasión, cuando su padre le ordenó que diese grano a un hombre a título de remuneración y añadió: "Pues me enseña a hacer el vino bueno", ella respondió: "Sin duda, padre, que se beberá un vino mejor, y los que beben serán más débiles y peores" (16).

El vino, don del divino Dioniso, es "*un remedio para el pesar*" y un goce dado a los mortales (Eurípides, *Bacantes*, 775), pero, también la causa de la locura (verso 200 y siguientes).

Algunos historiadores sospechan que detrás del relato de Heródoto se esconde, en realidad, un asesinato encubierto. ¿Fue una venganza de Demarato que nunca se cansó de conspirar? ¿Fueron los *éforos* los que le asesinaron por su constante oposición y desafío a su poder? ¿Los propios *espartiatas* por considerarle un peligro para el Estado por su política imperialista y sus constantes intrigas y manipulaciones? ¿Pudieron estar involucrados sus propios hermanastros, Leónidas, que era también yerno suyo y que fue el que más se benefició con su desaparición, y Cleómbroto, en tramar su muerte, para vengar la de su hermano mayor, Dorieo, en tierras de la lejana Sicilia? El escritor y arqueólogo italiano Valerio Massimo Manfredi insinúa que la muerte de Cleómenes es una muerte sobre la que no se ha reflexionado lo bastante y que muy bien puede esconder una especie de suicidio ritual, semejante al japonés *harakiri*, con el que el monarca quiso "*derramar su propia sangre de cara a su ciudad*" (17). El historiador y novelista británico Tom Holland, en su libro "*Fuego persa*", acusa de la muerte de Cleómenes a sus hermanos, por parte de padre, Leónidas y Cleómbroto, pues ellos dos fueron:

"Hicieron que se le declarase demente y procedieron encerrarlo. Y nadie se sorprendió cuando, a la mañana siguiente, su cadáver fue hallado con tajos en las piernas, las caderas y el vientre, y en el suelo, a su

lado, un cuchillo ensangrentado. El veredicto, aunque un tanto improbable, fue aceptado por todos: había sido un suicidio (...) Ciertamente, Leónidas, el nuevo rey, era el heredero de su hermano en más de un aspecto. Con la bendición del padre se había casado con Gorgo, la única hija de Cleómenes, una heredera tan rica como precoz había sido de niña. De todos modos, recién llegado al trono, y posiblemente manchado con un fratricidio, Leónidas era todavía como un misterio”.

(...)

...”Una sangrienta conspiración, orquestada posiblemente por el propio mando espartano. En todo caso, Leónidas debió de haberse sentido implicado en el terrible final de su predecesor, ya que al fin y al cabo, Cleómenes era de su propia familia, y tal vez la sangre se hubiera lavado hacía tiempo, pero la opresiva y amenazante sensación de estar maldita aún pendía, tan cercana como el calor de agosto, sobre la ciudad de Esparta” (18).

Después del fallecimiento de Cleómenes, una de las dos coronas de Esparta fue a parar a manos de Leónidas, que, como ya hemos explicado, estaba casado con la inteligente princesa Gorgo y con la que tenía un niño pequeño, llamado Plistarco. Cuando Leónidas accede al trono, Gorgo debe tener unos veinte años. Leónidas reinó en tierras de Lacedemonia desde el año 488 a. C. hasta su heroica muerte en la defensa del Paso de las Termópilas, luchando contra los invasores persas, en el año 480 a. C. En vez de hablar de “corona” habría que considerar a la monarquía dual de Esparta (*diarquía*) como una especie de generalato vitalicio, según el filósofo Aristóteles (*Política*, 128a 4).

Sir James G. Frazer, en su monumental obra “*La rama dorada*”, afirma que hay fundamentos para pensar que el reinado de muchos reyes griegos estaba limitado a un período de ocho años:

O por lo menos que al terminar cada período óctuple se consideraba necesaria una nueva consagración, un chorro fresco de la divina gracia, con objeto de habilitarles para el cumplimiento de sus deberes civiles y religiosos. Así vemos que era una regla de la constitución espartana la de que cada ocho años escogieran los éforos una noche sin luna y

estrellada, y sentándose, observaran el cielo en el silencio de la noche. Si durante su vigilancia veían un meteoro o alguna estrella errante, deducían que el rey había pecado contra la deidad y le suspendían en sus funciones hasta que el Oráculo Olímpico o Delfico le reinstalase en ellas.

A continuación sir James Frazer se pregunta ¿por qué ocho años? Y esta es la respuesta que da:

La razón se encontrará probablemente en las consideraciones astronómicas que determinaron el calendario primitivo.

Consideraciones resultantes de conciliar un calendario lunar con otro calendario solar. Ya que, según Frazer:

Un ciclo óctuple de años es el período más corto al fin del cual el sol y la luna señalan su momento coincidente después de entremezclarse, por decirlo así, durante la totalidad del intervalo.

Porque cada ocho años:

La luna llena coincide con el día más largo o más corto del año.

Para terminar así su razonamiento:

No extrañará por esto que el rey, como sacerdote del Estado o como dios mismo, estuviera expuesto a la deposición o a la muerte al final de un período astronómico (19).

Por su parte la profesora Pilar Fernández Uriel habla de un período de nueve años, basándose en “*La vida de Agis*” (11, 4 – 5) de Plutarco, pues los éforos solían reunirse en la oscuridad de la noche y buscaban el futuro escrito en las estrellas y, si llegaban a descubrir que el rey había ofendido a los dioses, podían llegar a destituirlo (20). ¿Ocho o nueve años, importa mucho? Recordemos que Leónidas I fue rey de Esparta tan sólo 8 años, desde el 488 al 480 a. C. O sea que, según todo lo expuesto, “*algo*” debieron “*ver*” los éforos espartiatas en la oscuridad de la noche, y ese “*algo*”, junto con el Oráculo Delfico, que luego analizaremos, obligó a este valiente monarca Agiada a tomar una decisión que, a nosotros, se nos antoja suicida. Las dudas, no obstante, persisten... ¿Fue ésta una de las causas de su heroica muerte en Las Termópilas? ¿O se trata de una simple y fatal coincidencia: invasión de los persas, al mando del rey

Jerjes I, hijo de Darío I, y final de su primer (y único) período de ocho años como rey (*Basileus*), en la *diarquía* espartana?

La reina Gorgo fue quien descubrió la forma de leer un mensaje de Demarato, oculto en una tablilla de madera, que recogía los planes del rey de los persas de invadir Grecia. Gorgo de Esparta se nos muestra como una mujer muy inteligente y *experta* en cuestiones de alto espionaje militar. Heródoto es quien nos relata este curioso acontecimiento:

Resulta que, cuando Jerjes decidió llevar a cabo su expedición contra Grecia, Demarato que se encontraba en Susa, se enteró de lo que se proponía y quiso informar a los lacedemonios. El caso es que no podía alertarlos así como así (pues corría el peligro de que le pillasen), por lo que se le ocurrió la siguiente idea. Cogió una tablilla de doble hoja, le raspó la cera, y, acto seguido, puso por escrito los planes del monarca (Jerjes); hecho lo cual, volvió a recubrirla con cera derretida, tapando el mensaje, a fin de que el transporte de la tablilla, al estar en blanco, no ocasionase el menor contratiempo entre los cuerpos de guardia apostados en el camino. Cuando la tablilla llegó a Lacedemonia, los lacedemonios, no acertaban a dar una explicación, hasta que, según tengo entendido, al fin, Gorgo, la hija de Cleómenes y esposa de Leónidas, comprendió por sí misma la treta y les sugirió que raspasen la cera, porque encontrarían - les indicó - un mensaje grabado en la madera. Ellos entonces, siguieron sus indicaciones y pudieron descubrir y leer el mensaje, por lo que, acto seguido, informaron de su contenido a los demás griegos. Así es, en definitiva, como, según cuentan, sucedieron los hechos (21).

Una escena como ésta sería impensable en la “liberal” Atenas. Su marido, el rey Leónidas, y los *espartiatas* que estaban al frente de las instituciones políticas y militares recurren a una mujer, casualmente la esposa de uno de sus dos reyes, la consultan, buscan su consejo y siguen al pie de la letra sus oportunas sugerencias. Y, enseguida, el enigma se aclara. El oculto mensaje de Demarato sale a la luz. Esta anécdota nos demuestra dos cosas: la profunda consideración y respeto de que gozó Gorgo en su ciudad y, también, la estima que le tenía su propio esposo, Leónidas, quien no dudaba en compartir sus tareas como rey con ella.

Ante esta inminente invasión persa, los espartanos acudieron al Oráculo de Apolo en Delfos y allí escucharon este dramático vaticinio:

La respuesta que recibieron de labios de la Pitia fue que Lacedemón sería devastada por los bárbaros o que su rey moriría. Esta respuesta la dictó a los lacedemonios en versos hexámetros y rezaba así:

-“Mirad, habitantes de la extensa Esparta,

O bien vuestra poderosa y eximia ciudad es arrasada

Por los descendientes de Perseo, o no lo es; pero en ese caso,

La tierra de Lacedemón llorará la muerte de un rey de la estirpe de Heracles.

Pues el invasor no le detendrá la fuerza de los toros

O de los leones, ya que posee la fuerza de Zeus. Proclamo,

En fin, que se detendrá hasta haber devorado a una y otro hasta los huesos” (22).

Después de escuchadas estas terribles palabras, la muerte de Leónidas, buscada por el propio rey Agiada, se convirtió en una especie inmolación, de autosacrificio voluntario, revestido de profundo contenido religioso (y militar), para lograr que se cumpliera la profecía de la Pitia de Delfos. En palabras del profesor Carlos Schrader:

Leónidas decidió que el vaticinio se cumpliera en su propia persona: él sería el león y el rey a cuyo sacrificio hacía referencia el oráculo (23).

Así lograría la libertad de su tierra, tal y como lo destaca Plutarco:

Leónidas, que cumpliendo con el oráculo se ofreció en cierta manera en sacrificio por la salud de Grecia (24).

No sabemos las razones últimas del sacrificio del rey Leónidas. Podemos pensar en una especie de “*Devotio*” real, de deseo de ver cumplido, y materializado, un oráculo délfico que, según algunos especialistas, tiene todas las características de ser un vaticinio “*post eventum*”. También se puede pensar que su sacrificio, su inmolación, en Las Termópilas, representa una *total obediencia a las leyes de Esparta*, leyes que se pueden resumir muy *lacónicamente*: victoria o muerte. Para el profesor Paul Cartledge lo más parecido al heroico comportamiento de estos Trescientos Espartiatas en las

Termópilas se puede encontrar en el suicidio de muchos “*kamikaces*” japoneses en la Segunda Guerra Mundial: morir luchado, entrega total hasta el sacrificio de la propia vida, postura que también aparece en el código de honor de los samurais, el “*Bushido*” o “*Camino del guerrero*” (25). En este sentido, Heródoto recoge unos versos, que han sido atribuidos al poeta Simónides, y que constituyen un epitafio sobrecogedor:

Caminante, informa a los lacedemonios que aquí yacemos

Por haber obedecido sus mandatos (Heródoto, VII, 228).

Un bello texto que nos recuerda otro del poeta romántico inglés Lord Tennyson: el epitafio de los caídos en la famosa *Carga de la Brigada Ligera*, en Balaclava, en la Guerra de Crimen:

No nos correspondía a nosotros pensar el porqué,

Nos correspondía cabalgar y morir (26).

Hemos podido ver que Gorgo *salva* a Esparta en dos ocasiones: En primer lugar impidiendo el soborno de Aristágoras de Mileto a su padre (Heródoto, V, 51). Y, en segundo lugar, descubriendo el mensaje escondido del rey Damarato. Gracias a su sagacidad la salvación de Grecia está en sus manos. También su tragedia personal: la muerte de su esposo Leónidas en la guerra.

Y, sabiendo de antemano que los dioses olímpicos ya habían decidido su suerte, el rey espartano, como un héroe trágico, se despide de su joven esposa. Gorgo, a su vez, le recuerda sus deberes como soberano y como jefe del ejército:

Cuando exhortaba a su marido Leónidas, que salía hacia las Termópilas, a mostrarse digno de Esparta, le preguntó que debía hacer ella. Éste le dijo: “Casarte con un hombre bueno y alumbrar hijos” (27).

Este mensaje nos ilustra, muy bien, la situación general de la mujer griega cuya función más importante y destacada es tener hijos legítimos y saludables que serán, pasados unos cuantos años, los futuros *hóplitas*.

Después del dramático fallecimiento de su marido, la espartana Gorgo fue durante muchos años reina-regente, en la prolongada minoría de su hijo, el pequeño Plistarco. Regencia que compartió, primeramente, con su tío-cuñado Cleómbroto, y, después, con el hijo varón de éste, el general Pausanias, el vencedor de la célebre batalla de Platea contra los persas (479 a. C.), quien, también acabó siendo asesinado por los

éforos, al acusarle de intentar cambiar el régimen político de Esparta, apoyándose en una rebelión de los esclavos *hilotas* (28), a los que había prometido la “*ciudadanía*” (29), y de pacto secreto con los persas (*medismo*).

En medio de tanta intriga sangrienta y de tantas guerras, la prudente e inteligente Gorgo de Esparta, no sólo, logró sobrevivir, sino, también, brillar por su ingenio y sus oportunos consejos. Al parecer, fue “*informadora*” del propio Heródoto respecto a los complicados asuntos políticos espartanos (30). Si, como dicen los historiadores Luís García Iglesias y D. Harvey, fue ella quien proporcionó a Heródoto de Halicarnaso dichos datos, logró exculpar a su marido Leónidas de la muerte de su suegro y hermanastro Cleómenes. Y, no sólo eso, sino que, además, la segunda parte de su Libro VII es todo un impresionante y hermoso canto épico que nos cuenta la heroica lucha y muerte de su esposo Leónidas frente al numerosísimo ejército invasor medo-persa, personaje que pasa a convertirse en un auténtico mito popular, en un héroe legendario y ejemplar que da su vida por la libertad de su amado pueblo y de toda la Hélade. Leónidas no era un joven imprudente, hambriento de gloria, sino, como hemos señalado, un hombre que habría pasado la cincuentena, del que apenas sabemos otros datos, salvo que reinaba en Esparta desde hacía ocho años (31). Con su muerte en el desfiladero de las Termopilas se convirtió, para todos los griegos, en un héroe excepcional. Héroe que encarna, como nadie, las consignas guerreras cantadas por el poeta Tirteo:

*Pues es hermoso morir si uno cae en vanguardia
Cual guerrero valiente que por su patria pelea.
¡Adelante hijos de los ciudadanos de Esparta,
la ciudad de los bravos guerreros!
Con la izquierda embrazad vuestro escudo
Y la lanza con audacia blandid,
Sin preocuparos de salvar vuestra vida;
Que ésa no es costumbre de Esparta (32).*

Consignas belicistas que el poeta Horacio convertirá en un tópico: “*Dulce e decorum pro patria mori*”. Morir por la patria, o lo que es lo mismo, por las mujeres que permanecen en ella, mujeres con vientres fértiles que dan abundante cosecha de

hijos, tal y como se puede leer en los siguientes versos de Calino, en los que la patria se asimila con la madre y con la esposa (33), que los varones tienen que defender en el combate:

*(...) Porque es noble y glorioso que luche el hombre, en defensa
de su tierra y de hijos y esposa legítima,
con quien los ataca; y la muerte no habrá de venir sino
cuando
las Moiras la hilaren (34).*

La reina Gorgo demuestra una profunda admiración por su marido Leónidas ¿también amor? ¿Qué diferencia de edad habría entre ellos, teniendo en cuenta que Gorgo podía tener apenas unos veintiocho años cuando enviudó y que su esposo, el rey Leónidas, era una generación mayor que ella, pues era medio hermano del padre de su esposa? El profesor Paul Cartledge nos dice que Leónidas debía tener unos cincuenta años en el año 480, por lo tanto y, teniendo en cuenta que los lacedemonios contraían matrimonio pasados los treinta, el famoso rey espartano se había desposado a una edad “*sorprendentemente avanzada*” (35).

¿Se volvió a casar con un “*hombre bueno*”, tal y como le recomendó su marido cuando se encaminada hacia una muerte segura? Heródoto y Plutarco, que nos dan bastante información acerca de ella, no lo mencionan. Ambos autores solamente hablan de esta mujer como hija de Cleómenes y esposa de Leónidas. En todos sus textos se nos muestra como una mujer de gran personalidad, brillante, orgullosa, animosa y con gran sentido del humor, que responde con *sentencias* ingeniosas y contundentes, como toda buena espartana:

Al preguntarle una mujer del Ática “¿Por qué, vosotras, espartanas, sois las únicas que gobernáis a vuestros hombres?”. Le respondió: “Porque somos las únicas que alumbramos hombres” (36).

Esta célebre “*ocurrencia*” de la reina Gorgo, de contenido aparentemente casi *protofeminista*, es una alusión al *carácter viril de la educación espartana*, ¿es anterior o posterior a la muerte de su esposo? Ahora bien, y por decirlo en otras palabras, la frase de Gorgo aparece como una auténtica supremacía de la mujeres espartanas frente a los varones, incluyendo entre éstos a su esposo, el rey Leónidas, por ser ellas solas las que paren. O sea que el poder de las espartanas, según nos dice la

profesora Ana Iriarte "Nace de la sexualidad que ellas controlan y a través de la cual dominan a sus belicosos hombres" (37).

Y esta otra, que también tiene su gracia, ya que, en ella, ridiculiza a un varón de apariencia afeminada:

A un extranjero que se presentó con un vestido adornado, lo empujó a un lado y le dijo: "vete de aquí. No vales ni en lo de la mujer" (38).

Uno de los más célebres aforismos espartanos es atribuido a la reina Gorgo por Estobeo:

Gorgo la lacedemonia, esposa de Leónidas, le dijo a su hijo cuando se marchaba al ejército, tras darle el escudo: "Con él o encima de él" (39).

Esta *máxima* resulta ser una de las más divulgadas. Plutarco la recoge como perteneciente a una mujer anónima que obliga a su hijo, con sus duras y *lacónicas* palabras, a que se comporte heroicamente en el combate:

Otra, al entregar a su hijo escudo, le exhortó diciendo: "Hijo, o con él o sobre él"(40).

Para el arqueólogo y novelista italiano Valerio Manfredi este aforismo viene a ser una especie de *fórmula ritual* que formaba parte de la ceremonia solemne de la entrega de los escudos a los hijos, cuando tenían que partir para la guerra (41). Su significado es tremendo: *es preferible que vuelvas muerto, como un valiente, transportado por tus compañeros de formación, sobre tu propio escudo, que vivo, pero transformado en un cobarde, que ha tenido que abandonar su puesto en la lucha y arrojar el pesado escudo para poder huir sin ningún impedimento.* El dejar caer el escudo y huir constituía la más vergonzosa de las acciones, el deshonor más grande. Por esta razón poemas como éste de Arquíloco (6D), que se burla de la moral *agonal espartiatá* estarían prohibidos en una *polis* como Esparta:

*Un tracio es quien lleva, ufano, mi escudo: la eché, sin pensarlo,
junto a un arbusto, al buen arnés sin reproche,
Pero yo me salvé. ¿Qué me importa, a mí, aquel escudo?
¡Bah! Lo vuelvo a comprar que no sea peor (42).*

En el año 464 a. C. Esparta fue sacudida por un fortísimo terremoto que ocasionó casi veinte mil muertes y la destrucción de toda la ciudad... ¿sobrevivió o falleció entonces? No hay respuesta... Que cada lector o lectora de estas páginas ponga el final que considere más oportuno. El mío lo constituyen, tan sólo, unos puntos suspensivos...

NOTAS

- (1) López Melero, Raquel: *El Estado espartano hasta época clásica*, Madrid, 1989, Akal, Págs. 24, 25, 26 y 27.
- (2) Heródoto, *Historia*, V, 39, 1, Traducción de Carlos Schrader, Madrid, Gredos.
- (3) Heródoto, *Historia*, V, 39,2.
- (4) Heródoto, *Historia*, V, 40, 1-2.
- (5) Heródoto, *Historia*, V, 41, 2.
- (6) Heródoto, *Historia*, V, 41, 3.
- (7) Heródoto, *Historia*, V, 42, 1.
- (8) Heródoto, *Historia*, V, 42, 2.
- (9) Heródoto, *Historia*, V, 48, 1.
- (10) Cartledge, Paul: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Traducción de David León y Joan Soler, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 73.
- (11) Plutarco: *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, III, "Máximas de mujeres espartanas", 240, E, 3, Edición a cargo de Mercedes López Salvá y María Antonia Medel, traducción de Mercedes López Salvá, Madrid, 1987, Ed. Gredos, Pág. 252.
- (12) Fernández Uriel, Pilar y Vázquez Hoys, Ana M^a: *Diccionario del Mundo Antiguo. Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma*, Madrid, 1994, Ed. Alianza, Pág. 211. Fornis, César: *Esparta, historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, 2003, Crítica, Pág. 253.
- (13) Rodríguez Adrados, Francisco: *Sociedad, amor y poesía en la Grecia Antigua*, Madrid, 1995, Ed. Alianza, Pág. 211. Tebar Megías, Estíbaliz y Tébar Megías, Ricardo: "El epiclerato en la Grecia Clásica", en las *Actas del Primer Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad*, Carmen Alfaro Giner y Alejandro Noguera Borel (Eds.), Valencia, 1998, Universidad de Valencia, Pág. 56.
- (14) Heródoto, VI, 71, 1.
- (15) Heródoto, VI, 84, 1.
- (16) Plutarco: *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, III, 240, D – E, Pág. 252.
- (17) López Melero, Raquel: *El Estado espartano hasta época clásica*, Pág. 21; Harvey, D.: "Leonidas the regicide? Especulations on the death of Kleomenes" *Arktouros Hellenic Studies presented to B. M. Knos*, Berlín, 1979, Págs 253 y siguientes; Cartledge, Paul: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona, 2007, Ed.

Ariel, Pág. 156; Manfredi, Valerio Massimo: *Akrópolis*, Barcelona, 2000, Grijalbo, Págs. 94, 109 y 110.

(18) Holland, Tom: *Fuego persa. El primer Imperio mundial y la batalla por Occidente*, Traducción de Diana Hernández Aldana, Barcelona, 2007, Planeta, Págs. 236 y 318.

(19) Frazer, Sir James George: *La rama dorada*, Decimocuarta reimpresión, 1993, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Págs. 328 –329.

(20) Fernández Uriel, Pilar: *Introducción a la Historia Antigua. El mundo griego, I*, Madrid, 1993, UNED, Pág. 326. Holland, Tom: *Fuego persa. El primer Imperio mundial y la batalla por Occidente*, Barcelona, 2007, Ed. Planeta, Pág. 142.

(21) Heródoto, VII, 239, 2 – 4.

(22) Heródoto, VII, 220, 4. Muy probablemente algunos de estos vaticinios, recogidos por este historiador, presentan adiciones *post eventum*. Reflejan, además una profunda concepción teológica del mundo y del acontecer histórico.

(23) Schrader, Carlos: “*El sacrificio de los héroes, Termópilas*”, Historia Nacional Geografic nº 9, Barcelona, 2004, Pág. 55.

(24) Plutarco: *Pelópidas*, XXI, Edición de José Alsina, Traducción de Antonio Ranz Romanillos, Barcelona, 1991, Ed. Planeta, Pág. 425.

(25) Cartledge, Paul: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona, 2007, Ariel. Págs. 147-150. Espulga, Javier: “*Termópilas, la batalla de los 300 de Leónidas*”, Clío, Revista de Historia, nº 66, abril, 2007, Págs. 20-27. Laínez, Josep Carles: *La tumba de Leónidas*, Barcelona, octubre de 2006, Ed. Áltera, Págs. 24, 25, 118 y 119.

(26) Loraux, Nicole: *Las experiencias de Tiresias (lo masculino y lo femenino en el mundo griego)*, Traducción de C. Serna y J. Pòrtulas, Barcelona, 2004, Pág.171. El epitafio de Lord Tennyson a los muertos de la famosa Carga de la Brigada Ligera aparece reproducido en el libro de José Antonio Marina: *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*, Madrid, 2004, Anagrama, Pág. 27. La heroica muerte de Leónidas y los Trescientos fue glorificada por los escritores nazis alemanes: Helmut Berve, en su libro “*Esparta*” (1937) elogia la acción suicida del rey lacedemonio, contra los invasores persas, en las Termópilas “*sin más razón que porque se lo habían ordenado*”. Esta batalla fue oportunamente recordada por el mariscal nazi Göring en el cerco de Stalingrado, quien parafraseó el famoso epitafio del poeta Simónides de Ceos: “*Si vienes a Alemania, diles que nos has visto luchando en Stalingrado*,”

obedientes a las leyes del honor y de la guerra” (Cartledge, Paul: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 220; Sala Rose, Rosa: *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003, El Acanalado, Pág. 184. Ver, sobre todo, la voz “Grecia”, Págs. 178-190).

(27) Plutarco, *Moralia*, III, “*Máximas de espartanos*”, 225, A, 2, y “*Máximas de mujeres espartanas*”, 240, E, 6.

(28) Oliva, Pavel: *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983, Ed. Akal, Págs. 148 –154. Mayor Ferrándiz, Teresa M^a: “*Cleonice, la mensajera de Némesis*”, IX Congreso Español de Estudios Clásicos, Volumen IV *Literatura Griega*, F.R. Adrados y A. Martínez Díez (Eds), Madrid, 1998, Ediciones Clásicas, Págs 239 –244.

(29) Tucídides: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 132, Edición de Luís M. Macía Aparicio, Madrid, 1988, Cátedra, Págs. 140 –143.

(30) García Iglesias, Luís: “*La mujer y la polis clásica*”, Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, 1986, Pág. 107. Según el profesor de la Universidad de Zaragoza Carlos Schrader, traducción de la edición de la Editorial Gredos de la Historia de Heródoto, las fuentes orales fueron de capital importancia para el historiador heleno. “*La obra de Heródoto –escribe- es, fundamentalmente, de carácter oral*”. “*Los testimonios orales fueron de capital importancia para la recopilación de datos, si bien, al respecto, no suele facilitar el nombre de sus informadores*” (Schrader, Carlos: “*Tipología y orígenes de la historiografía griega*”, en *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia clásica*, Universidad de Zaragoza, 1994, Págs. 137 y 149.

(31) Fornis, César: *Esparta, historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, 2003, Pág. 91.

(32) García Gual, Carlos: *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid, 1989, Alianza, Págs. 21 y 24.

(33) Madrid, Mercedes: *La misoginia en Grecia*, Madrid, 1999, Cátedra, Pág. 135.

(34) I D, Traducción de Juan Ferraté, *Líricos griegos arcaicos*, Barcelona, 1991, 2^a edición, Sirmio, Págs. 46-47.

(35) Cartledge, Paul: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona, 2007, Ariel, Pág. 147.

(36) Plutarco cita esta misma anécdota en dos ocasiones: *Moralia*, III, 240, E, 5 y *Licurgo*, 14, 8.

(37) Iriarte, Ana: *De Amazonas a Ciudadanos, pretexto gineocrático y patriarcado en la Antigua Grecia*, Madrid, 2002, Akal, Págs. 96 y 165.

(38) Plutarco, *Moralia*, III, 240, E, 4.

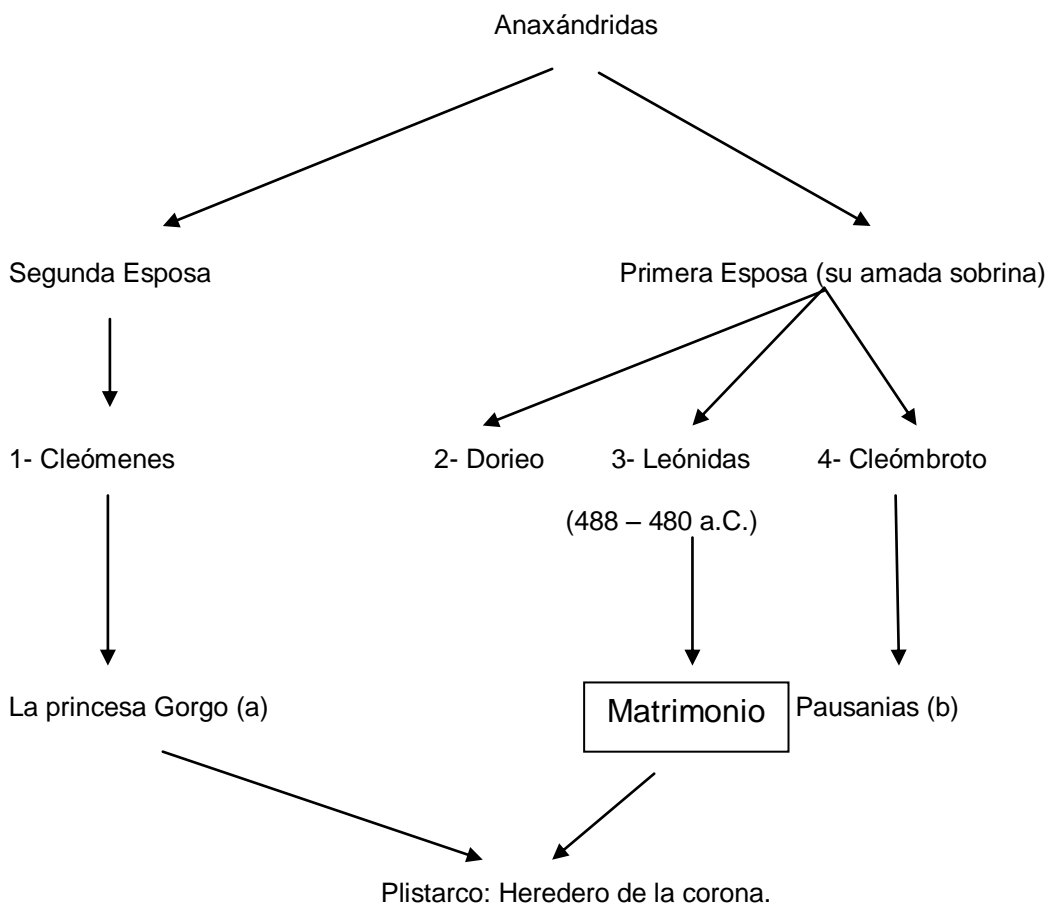
(39) Estobeo, *Antología*, III, 7, 30.

(40) Plutarco, *Moralia*, 241 F.

(41) Manfredi, V.M.: *Akrópolis*, Barcelona, 2000, Grijalbo, Págs 88.

(42) Traducción de Juan Ferraté: *Líricos griegos arcaicos*, Barcelona, 1991, Sirmio, Págs. 108-109.

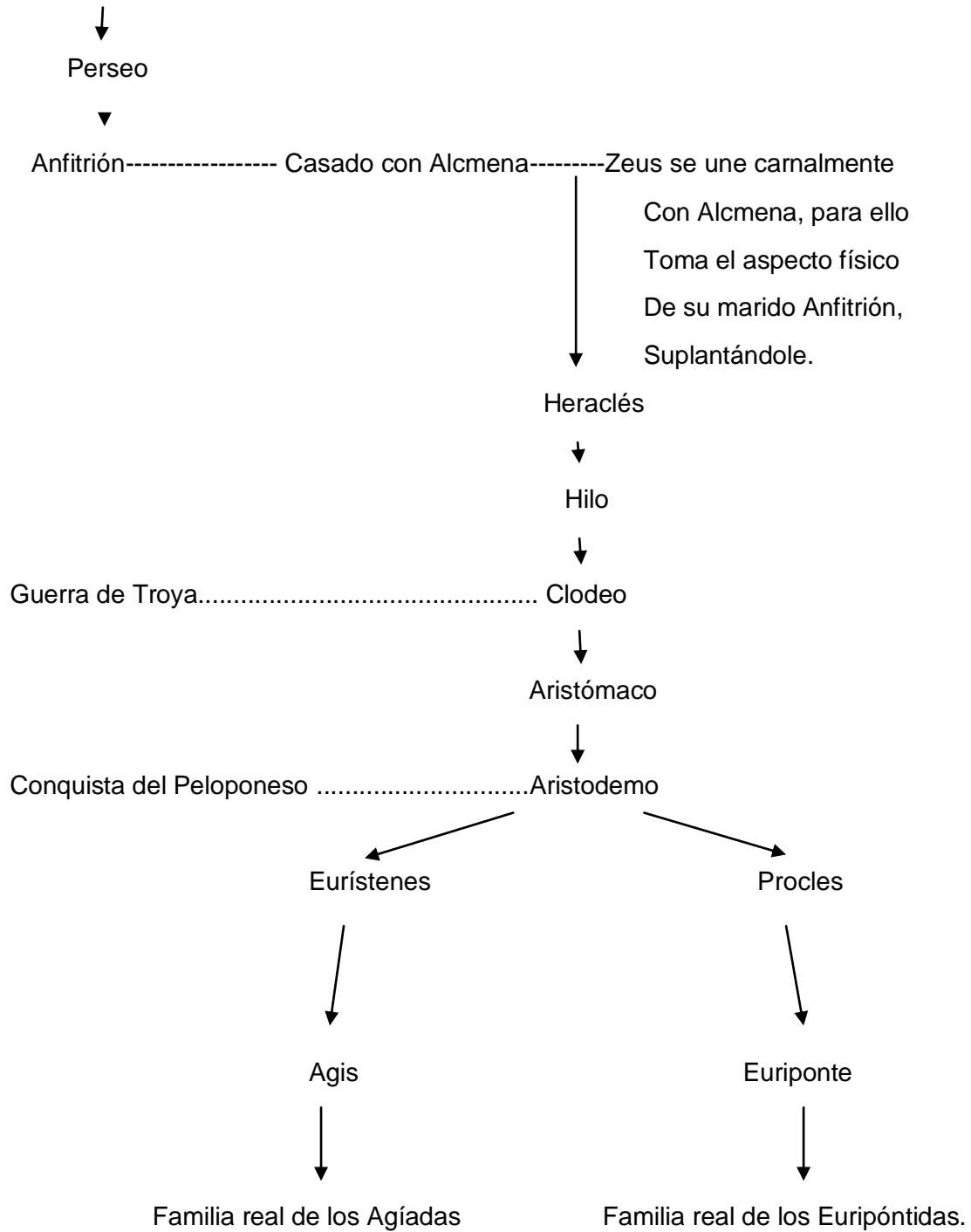
FAMILIA REAL DE LOS AGÍADAS (SEGÚN HERÓDOTO)

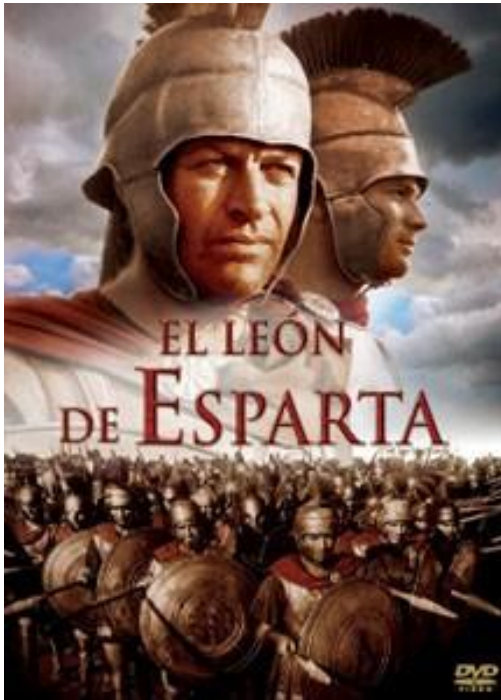


- Gorgo de Esparta enviudó cuando tendría unos 27 ó 28 años de edad. Según Heródoto, la princesa tenía unos 8 ó 9 años cuando llegó a Esparta el tirano de Mileto, Aristágoras. Este hecho ocurrió en el invierno del año 499 a. C. El año 480 a. C., fecha del fallecimiento de su esposo, El rey Leónidas I, en la batalla de las Termópilas, tendría unos 28, ya que desde el año 499 al 480 transcurren 19 años, que sumados a los 9, que el historiador heleno menciona, da un total de 29... ¿Qué diferencia de edad habría entre ella y su esposo, teniendo en cuenta que Leónidas y su padre, Cleómenes I, eran hermanos y que este rey ocupó el trono durante unos 30 años lunares?
- Pausanias fue el héroe de la batalla de Platea. Fue príncipe regente, no rey, junto con la reina-viuda Gorgo. Murió violentamente después de extrañas circunstancias y de acusaciones contradictorias, como que se hallaba en tratos con los persas, por un lado, y que conspiraba para ser elegido Tirano de Grecia, por otra, y que, para ello, también andaba en tratos con los *hilotas*, y, según Tucídides “*Así era, pues les prometió liberarles y la ciudadanía en el caso de que se unieran a la sublevación y colaborasen en la ejecución de todo su plan*” (I, 132). Para ampliar conocimientos, acerca de todos estos acontecimientos históricos, conviene consultar la bibliografía que aparece citada en la nota 25. Este interesante personaje, Pausanias, aparece muy bien retratado en la novela histórica del italiano Valerio Manfredi *Talos de Esparta* (Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1997). En esta misma novela se recrean, también, las personalidades de Cleómenes, Leónidas y Plistarco. Todas las simpatías del autor recaen sobre la heroica figura de Leónidas. La reina Gorgo, en cambio, no es, ni siquiera, citada.

ORIGEN MITOLÓGICO DE LOS REYES DE ESPARTA: LOS HERACLIDAS (DESCENDIENTES DE HERACLES)

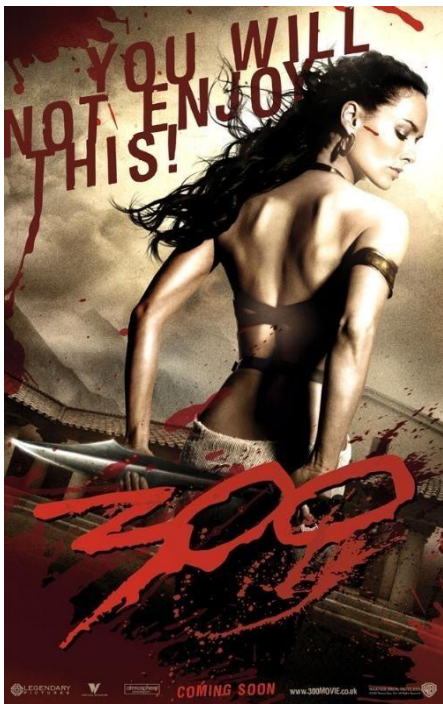
El dios Zeus y Dánae





El rey Leónidas se despide de su esposa la reina Gorgo en una escena de la película "El León de Esparta".

Cartel de la película "El León de Esparta".



La despedida de Leónidas antes de marchar a las Termópilas.

Uno de los muchos carteles anunciadores de la famosa película "300".



Otra escena de la misma película.

Derecha: Escultura de mármol que representa a un hoplita espartano que según la tradición representa al rey Leónidas (Museo Arqueológico de Esparta).



FILMOGRAFÍA

- “*El León de Esparta*”, 1962, dirigida por Rudolph Matén. Reparto: Richard Egan, Ralph Richardson, Diane Baker, Barry Coe y Anna Synodinou. Música: Manos Hadjidakis.
- “*300*”, 2007, inspirada en el cómic del mismo título de Frank Miller. Dirigida por Zack Snyder. Reparto: Gerard Butler, Lena Headey, David Wenham, Rodrigo Santero. Entre las numerosas inexactitudes históricas podemos mencionar:
 1. Los soldados espartanos luchan casi desnudos, con un ligerísimo taparrabos y su famosa capa roja como única vestidura, tampoco llevan encima su pesada armadura de bronce, su “*panoplia*”.
 2. Los éforos, eran unos magistrados espartanos, elegidos en la Asamblea (*Apella*) por un año. En “*300*” son presentados como unos monstruos repulsivos y babosos que controlan y abusan sexualmente de una hermosa y joven *pitonisa*.

3. Junto a los 300 hólitas *espartiatas* lucharon otros griegos de diversas “*polis*” del Peloponeso, con excepción de la polis de Argos, enemiga tradicional de Esparta, y 500 soldados tebanos. El ejército griego contaría con unos 5.000 *hólitas* acompañados por esclavos y diversas tropas auxiliares.
4. Los “*Inmortales*” del ejército persa también son representados como monstruos, muy semejantes a los “*orcos*” que aparecen en la película “*El señor de los anillos*”.
5. El rey persa Jerjes aparece sin barba, con una estatura de casi tres metros, con múltiples *piercings* y semidesnudo.
6. El traidor Efiальtes es otro ser monstruoso, jorobado y repulsivo.



Fragmento del “*Friso de los Inmortales*” del palacio de Susa, siglo V. a. C. (Museo de Pérgamo, Berlín. Foto de Teresa M^a Mayor).